

UN TEATRO PARA EL PUEBLO CHICANO

"EL CAMPESINO"

DURANTE varios años vivieron en Fresno. Pero algunos comenzaron a decir que era contradictorio que un grupo que se llamaba El Campesino y quería plantear los problemas del campesinado chicano viviera en una gran ciudad. Los éxitos del grupo, la creciente resonancia de sus representaciones, el saberse modelo de otros grupos teatrales chicanos, los debates políticos que provocaba su labor, obligaron a buscar la máxima coherencia.

Resultaba, además, que Luis Valdés, el director de El Campesino, necesitaba nuevas condiciones de trabajo, porque una labor al servicio de determinados esquemas políticos establecidos por los dirigentes chicanos no le parecía suficiente. A Valdés le interesan todos los aspectos de la vida chicana, y considera que la huelga de los campesinos a jornal —los chicanos contratados para cada vendimia— es sólo uno de los temas posibles de la comunidad. Para Valdés, además, el teatro es una manifestación muy compleja, irreductible al estricto panfleto político. Los compromisos con la sociedad chicana y con los oprimidos de cualquier país —uno de sus últimos actos se titula «Vietnam chicano»— se mantienen y afirman cada vez más, pero la función que se asigna al teatro es progresivamente menos cerrada y más atenta a la diversidad de situaciones y problemas. Hace poco, por ejemplo, se confió a Ronnie Davis —que se hizo famoso dirigiendo la Mime Troupe de San Francisco, uno de los soportes del teatro radical norteamericano— el montaje de un paso de Lope de Rueda sin que hubiera tiempo para adaptarlo al mundo concreto de los chicanos. La representación cobró así un carácter desprovisto de la inmediatez que fue típica del teatro campesino durante su primera etapa. La función sociocultural del teatro se ensanchaba. Ya no se trataba de hacer un teatro político de circunstancias, sino un teatro para la sociedad chicana, aunque nunca faltara —obviamente— la consiguiente toma de partido ante los conflictos que esa minoría tiene planeados dentro de la vida de los Estados Unidos.

Buscando una verdadera relación con el campesinado y un lugar donde trabajar y vivir tranquilos, el grupo se trasladó a San Juan, hermoso pueblo situado a unos 150 kilómetros de San Francisco.

Se conserva la vieja misión, una de las veintiuna que levantaron los españoles en California. El nombre del mallorquín fray Junipero Serra es el más recordado en estos pe-

queños museos, destino actual de muchas de estas construcciones. Largo pasillo bordeado de arcos, gruesos muros blancos, jardín y césped, pequeño cementerio, la misión de San Juan conserva intactas su dulzura y su paz. Situada en lo alto de una pequeña colina, tiene, casi pegados a una de las vertientes, los espacios acotados por tabloncillos de madera, con graderíos y tribunas, destinados a la celebración de rodeos. Frente al mismo corredor de la vieja iglesia está la plaza, con un hotel recién pintado, de arcaica arquitectura. Cerca está el «saloon», refulgente la madera, listos aún los travesaños en que los clientes de otrora sujetaban sus caballos. Las casas son menudas, casi todas con pequeño jardín. Estamos lejos del colosalismo norteamericano, y todo es humilde, apacible y silencioso. Allí, en San Juan, se han metido Valdés y los suyos. Lo que han buscado no ha sido sólo un lugar tranquilo donde poder ensayar y trabajar, sino también un medio campesino al que integrarse, una comunidad rural de la que formar realmente parte y en la que vivir.

Han alquilado tres viviendas, una para los solteros varones, otra para las muchachas y una tercera para los matrimonios. De éstos han nacido ya cuatro niños, cuyo cuidado, unido al previsible aumento de hijos, plantea la necesidad de un nuevo servicio, destinado a liberar a las madres de un trabajo que les impediría seguir haciendo teatro.

Además, tienen una pequeña oficina, con «posters» y recuerdos de sus dos jiras europeas.

La aldea tiene alrededor de mil habitantes y, en verdad, el grupo dispone de todo su tiempo para trabajar. La cifra media que se reparte —sesenta dólares al mes por persona y doscientos por matrimonio— es tan exigua que, evidentemente, debe permitir vivir en San Juan en términos mucho más cómodos que en una ciudad.

Si El Campesino no hubiera conseguido vincularse a las líneas generales del movimiento chicano, es obvio que no hubiera logrado subsistir. Hay, por supuesto, interpretaciones diversas sobre los objetivos últimos del movimiento chicano, cuyas dos organizaciones políticas fundamentales son el Partido de la Raza Unida y la Unión de Campesinos. A algunos miembros del grupo les ha preguntado, por ejemplo, si considerarían una conquista tener chicanos en el actual aparato gubernamental y no han sabido qué responderme. Por un lado —y la colaboración de algunos sectores chicanos con el partido de-



mócrata es el ejemplo— piensan que sería bueno para la defensa de sus derechos; por otro, que ello tendría algo de colaboracionismo sospechoso, de venta por un plato de lentejas.

Valdés me dice que el problema está en que los chicanos jamás podrían tener un puesto en una Administración como la actual, pero que, lógicamente, el día en que los Estados Unidos tengan el Gobierno que corresponde a su pueblo, en él tendrá que haber chicanos, puesto que estará cerca de los quince millones la población de ciudadanos norteamericanos que debe ser así considerada.

El problema, sin embargo, es mucho más rico y complejo que el de una posible representatividad y un trato social y laboral equitativo dentro de la comunidad norteamericana. En una de las obras de El Campesino, titulada «Los vendidos», lo explican muy bien. Aparece una especie de tienda de curiosidades mejicanas, en la que «pachucos» y «mejicano-americanos» son los principales acusados. Los primeros son algo así como los rebeldes sin causa, los que rechazan la cultura norteamericana, aceptando, sin embargo, todos sus instrumentos de enajenación. Los segundos son los que se han integrado gozosamente a esa cultura e intentan ser y parecer norteamericanos «puros» sin la menor reserva.

Frente a estas dos actitudes, el movimiento chicano sería, antes que nada, una concienciación cultural. Se trataría de saberse descendientes de un pueblo con una tradición específica y de rechazar la masificación de la sociedad norteamericana. El chicano descubriría que sólo algunos aspectos folklóricos y superficiales de su vieja cultura habían sido salvados, mientras otros quedaban soterrados. Su afán sería recobrar el sentimiento de hermandad, descubrir sabidurías perdidas que oponer a los principios de la productividad y el consumo. Términos ancestrales irían revelando la existencia de una filosofía, de una psicología y, en términos generales, de una concepción del mundo superior al utilitarismo de nuestros días. Valdés, el soporte del grupo, me habla, por ejemplo, de la influencia de los astros sobre los hombres —como de la Luna sobre el mar—, considerada hoy una superstición y destinada a ser redescubierta en la era de los viajes espaciales. Valdés habla mucho del amor y de viejos términos mayas, en los que se dice que el daño que se hace a los demás acaba siendo un daño que se vuelve contra uno mismo. También citó otro concepto que es poco menos que una definición de lo que el marxismo entiende por dialéctica, al supeditar la significación de un acto al contexto en que se produce.



JOSE MONLEON

La alegría es una exigencia revolucionaria. Y para cambiar el mundo hay que cambiar nuestra propia vida; para que sean más justas y más honestas las relaciones generales de la sociedad hay que empezar intentando hacer más justas y más honestas nuestras relaciones inmediatas, las que de algún modo dependen de nosotros.

La confrontación con la muerte es otro principio de la sabiduría maya. En esa relación con la muerte, en esa conciencia de nuestra finitud es donde los actos adquieren su verdadera dimensión y conseguimos escapar de nuestra anécdota biográfica.

Se nota muy bien que Valdés está contento cada vez que cita un ejemplo de la sabiduría maya. El conflicto del chicano, hijo del mestizaje, estaría en saberse a un tiempo conquistador y conquistado, europeo e indígena. En una hermosísima película del grupo lo explican con claridad, y vemos a los chicanos reclamándose herederos de la cultura precolombina y declarándose a su vez hispanos, portadores, en fin, de una cosmovisión que quieren resucitar frente al sistema norteamericano.

Por lo demás, al menos en las palabras de Valdés, no hay odio alguno al «gabacho», término que emplean para nombrar a los norteamericanos. Piensa más bien Valdés que este odio, un tanto instintivo e hijo de las injusticias sufridas, paraliza el proceso de concienciación. El chicano ha de descubrir y asumir su herencia cultural, con lo que, lejos de destruir al norteamericano, lo que hará es enseñarle a comprender ese mundo que ahora ignora.

La solución política última se inscribe dentro de esa gran revolución mundial que habrá de destruir todas las formas de colonización. Los chicanos están dentro de los Estados Unidos, pero su problema es el de todo el llamado Tercer Mundo, el de los que, con bandera nacional o sin ella, ven ahogada su realidad cultural por otras culturas impuestas. El tema, naturalmente, es el de la libertad, planteado a escala de comunidad.

El Campesino concibe sus representaciones bajo la forma de actos. Los actos son obras generalmente breves, muy directas, encaminadas a mostrar los problemas inmediatos de la sociedad chicana. Ya hemos apuntado antes cómo se ha ido pasando de la sofiama esquemática a pretensiones más complejas.

Ahora mismo, en San Juan, los de El Campesino ensayan un acto que deben presentar en las próximas fiestas de la Virgen de Guadalupe. Me asegura Valdés que no hay en el empeño ninguna intención oculta. La Virgen de Guadalupe fue, según me dice, una Virgen «de la Conquista», pero sirvió para canalizar la manifestación de una serie de ideas y sentimientos de la cultura indígena. A través de la significación de esta Virgen pueden decirse muchas cosas que, sobre otra base, resultarían sospechosas. El recuerdo de «El Evangelio según Mateo», de Pasolini, se hace obligado. Y Valdés me dice que sí, que los católicos tienen que oírle a Jesucristo frases que no le tolerarían a un socialista.

Por lo demás, es obvio, y esto lo deduzco no sólo de lo que explica Valdés, sino de lo que oigo a varios componentes del grupo, que la religión es un tema que les merece mucho respeto, quizá por ser uno de los elementos de esa cultura «de la raza» que ellos defienden.

En cuanto a la ideología «política» del grupo, es sintomática su resistencia a cualquier «calificación europea». Ellos, por ejemplo, tienen hacia un socialismo que tiene a la tierra como principio fundamental. La idea de proletariado industrial no entra en sus argumentaciones, porque la ciudad aparece como un signo de enajenación. Hay en ellos algo de desposeídos de una tierra maternal, cuyo disfrute es necesario recuperar. Esto no habrá de hacerse en beneficio de unos pocos, sino del pueblo chicano y, en definitiva, del hombre. La tierra es de todos los hombres y a todos los hombres les corresponde su trabajo y su disfrute.

No vale decir que esto es demasiado simple y que responde a una etapa preindustrial; Valdés, como

todos los dirigentes del movimiento chicano, conoce muy bien a Marx y las etapas que el marxismo prevé en el proceso hacia el socialismo. Pero, aun conocidas tales formulaciones, es obvio que Valdés y los chicanos se quieren inscribir dentro de otras coordenadas, cuyo sentido ha de escapársele parcialmente a un europeo. No sólo se manejan máximas de una filosofía política y económica ligadas a la tradición maya, sino que tales máximas conducen a un tipo de vida y a una visión de las cosas que «están fuera» tanto de las ideas del capitalismo norteamericano como de sus oponentes más inmediatos y, en cierto sentido, condicionados por él. Los de El Campesino tienen su propia propuesta, de raíz cultural chicana, y el que hayan buscado en San Juan un modo de trabajo y un modo de vida, en vez de irse a San Francisco o a Los Angeles, es la prueba de que intentan moverse sobre una realidad acorde con su teoría.

Para los europeos, acostumbrados a la «generalización» típica de una cultura que se ha sentido norma y medida de todos los hombres, las explicaciones de Valdés no siempre son claras y precisas. Esta es, en realidad, sólo una muestra de lo que aguarda a cualquier europeo enfrentado con los criterios del Tercer Mundo americano. Estamos tan acostumbrados al valor «universal» de todos nuestros argumentos, que no siempre es fácil entender a quienes, además de recelar de los colonialismos culturales europeos, poseen sobre la alegría, el tiempo, la amistad, el bienestar o la muerte, ideas y sentimientos distintos a los nuestros. Se producen desajustes de los que si las palabras de Valdés son un ejemplo, también lo es, pongamos por caso, el socialismo cubano, impregnado, pese a su declarada ortodoxia, de matices absolutamente propios y nada europeos.

Antes que ver a los chicanos en una etapa ya catalogada por nosotros, en la construcción de un socialismo agrario al que deberán suceder tales o cuales etapas, conviene que nos demos cuenta de que

su cultura y su dinámica quizá empujan hacia situaciones nuevas, hacia formas de vida distintas a las que giran en torno al ideal de consumo. El hecho último es éste: cuantos europeos han visto a El Campesino han tendido a subrayar su categoría de «teatro político», siendo así que ellos pretenden asociar inseparablemente la lucha política a la afirmación cultural, a la conciencia histórica y revolucionaria de sus tradiciones y de sus propias soluciones sociales.

Han venido varias veces a Europa. El Festival de Nancy, concretamente, ha sido su cabeza de puente. Luego —con nuestro «Quejío», entre otros espectáculos— han participado en un ciclo de teatro de minorías marginadas celebrado en la Sorbona. Se ha escrito ya bastante sobre ellos en todas partes. Y durante años ha sido uno de los grupos fundamentales —otro era el Bread and Puppet, de Schumann— del llamado Teatro Radical USA.

Su prestigio es tal que, cuando nosotros los hemos dejado, estaban esperando en San Juan la llegada de Peter Brook y de sus actores del Centro Experimental. Durante varias semanas, Brook y los suyos trabajarán con los de El Campesino no sólo para conocer su técnica, sino para investigar a su lado. El hecho de que Valdés hubiese aceptado este proyecto es la prueba de que el grupo no confunde la autenticidad con el primitivismo.

Ahí están los sencillos espectáculos, claros como el hambre, que hablan a los chicanos de problemas precisos, con personajes arquetípicos y de una pieza, ayudados por carteles colgados al cuello que nos dicen lo que son. Ahí están los finales con canciones, los «gags» y cuanto puede contribuir a facilitar la comunicación del espectáculo y la concienciación del espectador. De nada de eso reniega El Campesino, el teatro-gula de cuantos se integran en el movimiento chicano, con base en San Juan y actuaciones constantes en numerosas comunidades rurales de la región. Pero el proceso de madurez va adelante y no es una casualidad que Peter Brook llegue para investigar a la misma hora en que Valdés intenta ampliar y enriquecer los contenidos dramáticos de un teatro que nació para explicar a los campesinos lo que era la huelga y que intenta ahora ser un vehículo de afirmación, a todos los niveles, del hombre y del mundo chicanos.

Los componentes de El Campesino, de rostro indio, ascendencia mejicana y hablar bilingüe, no parecen tener demasiados problemas en torno al camino a seguir. Están al lado de Valdés y saben que si sube su prestigio, si dicen más cosas y mejor, ayudan con ello a la causa chicana. ■